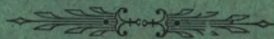


B. Capdevielle

ALGUNAS RUINAS
DE LAS
Misiones Jesuíticas

Magna nominis umbra
(LUCANO)



1925

SAN COSME

Por segunda vez hemos tenido la alegría y la tristeza también de recorrer algunas de las Reducciones jesuíticas que fueron como todas las demás, en otro tiempo, campo de apostolado y teatro de heroísmo para los misioneros de la Compañía de Jesús.

Sí, hemos experimentado alegría intensa sobre esa tierra abnegada por tantos sudores, santificala por tantos trabajos, inmenso altar de sacrificios seculares.

Paraíso terrenal por los encantos de sus panoramas, pero sobre todo Paraíso celestial por las virtudes que florecieron en esa comarca y la embalsamaron con aroma del cielo.

Desgraciadamente el dolor ha embargado también nuestra alma a la vista de tantos esqueletos sagrados, tantas osamentas dispersas que no tendrán siquiera a manera de mausoleo, a un museo, para su sepultura.

Mientras los vestigios del arte pagano, arte egipcio, arte caldeo, arte asirio etc, son adquiridos a peso de oro y conservados religiosamente, el arte cristiano sufre la suerte de N. S. J. C.: *«Las aves del cielo tienen su nido, las raposas tienen sus cuevas pero el Hijo del Hombre no tiene donde recueste su cabeza»*. Es la persecución del abandono dirigido hoy contra las ruinas de los monumentos levantados por los perseguidos de ayer.

Alvear decía en otro tiempo al contemplar la ordenanza uniforme de las Misiones, ya decadentes sin embargo, que un Pueblo encantado seguía al viajero de una Reducción a otra. En estos días también una misma visión de ruinas y de muerte acompañó nuestros pasos a través de lo que fué **«Misiones Jesuíticas»**.

Sin embargo, dejamos constancia de una media excepción para el Pueblo de San Cosme.

Cuatro a cinco leguas separan a San Cosme de la estación del ferrocarril de Cahi-Puente, llamada ahora *Coronel Bogado* en recuerdo de un soldado paraguayo, héroe de Ayacucho, de Cancha Rayada, de Maipú, de Chacabuco y de varias otras batallas que sellaron la independencia americana. El camino que se sigue acompaña largos ratos la vía del tien como si quisiera poner a prueba los deseos impacientes del viajero que tiene prisa de trepar esas pendientes que han de llevarlo a su destino. De repente, sin embargo, el camino polvoriento se despide del riel y cruzando un arroyuelo oscuro y silencioso sube de la llanura a la lomada, baja

luego de la lomada al valle para subir de nuevo del valle a la meseta a manera de una serpiente ya tortuosa ya alargada. Pastos abundantes a pesar de la sequía continua alimentan allí en los valles y en las mesetas a un ganado escaso en apariencia. En vano buscamos hacia todos los horizontes desplegadas allí como una inmensa y verde cortina, esas selvas majestuosas y plétóricas de vida que son el encanto, el frescor y la riqueza de Jesús y Trinidad. Apenas si emerge un islote de vegetación en las ondulaciones inmóviles de ese mar de pastoreo.

Hemos llegado a la orilla del Aguapey, silencioso como los campos que fertiliza, imponente en su marcha como un gran río, caprichoso en su rumbo como un arroyuelo. Allí un ferry-boat ideado probablemente hace varios siglos, recibe al jinete sobre su caballo, lo lleva silenciosamente y lo deja después de cinco minutos en la orilla opuesta. Ya tocamos la tierra venerada de la antigua Reducción de San Cosme. Si desde la nueva altura que alcanzamos, no divisamos todavía el Pueblo actual, divisamos ya, a los lejos, el Paraná orgullo y terror, hace ahora cuatro siglos, de su descubridor, Sebastián Gaboto. Luego, una visión risueña como primavera, y fresca como una flor de la mañana, se ofrece a nuestra mirada. Sobre una colina cuajada de vegetación tropical, se agazapan las primeras casitas del Pueblo de San Cosme y después de algunos minutos, hacemos nuestra entrada en el centro mismo de la población.

A nuestra izquierda está la plaza cuadrada de las Reducciones y las casas de los habitantes le sirven de marco, aunque algo vetusto y carcomido. La iglesia y el Colegio imponente todavía, forman una parte de ese marco.

Singulares han sido la historia y las vicisitudes de aquella Reducción. Fundada el 25 de Enero de 1634 en la Sierra del Tapé, en Ybyty-mirí por el P. Adriano Formoso, fué trasladada cuatro años después al Paraná, cerca de la Candelaria, a quien fué incorporada. Allí estaba todavía cuando el P. Domec escribía desde Candelaria al P. Montoya, el 12 de Mayo de 1639, respecto de San Cosme: « Por no cansar a V. R. no repito lo que ya sa- » « brá por mil vías; la destrucción de todo lo de la otra banda del » « Uruguay el año pasado de 33 con que se canonizó nuestra mu- » « danza aunque tan desapropositada a los ojos humanos. Este » « Pueblo y el del Caro parece que N. S. les ha mirado siempre » « con particulares ojos pasando estos dos años y medio con tanta » « salud y contento que es para alabar al Señor. Este año pasado » « de 38 trajimos a este Paraná dos Pueblos de la Sierra San » « Joaquin que está un poco más arriba de San Carlos y San » « Cosme que está a la vista de este Pueblo. Está la Reducción » « como V. R. la dejó, buenos, hijos y hombres. La iglesia está » « hecha un brinquño que el P. Juan de Hornos lo ha puesto » « todo que es gloria. »

La Reducción de San Cosme con otras cuatro fué aprobada el 19 de Noviembre de 1647 por el gobernador Jacinto de Lariz, por ser, decía el decreto, *de gran utilidad*. En 1657, varios Padres de las Reducciones y, entre ellos—el P. Jorge Arias Maldonado, cura de San Cosme, presentaron una petición para que fueran eximidos de tributo en ambas provincias del Uruguay, 327 indios, sacristanes, cantores, 198 del Paraguay y 129 del Paraná.

La Reducción de San Cosme quedó incorporada a Candelaria hasta 1718 en que se separó, estableciéndose a una legua al este, de donde se trasladó de nuevo en 1740, a otra parte del Paraná para ser definitivamente ubicada en 1760 en el sitio actual. Por consiguiente, si los Jesuitas permanecieron allí 8 años, o sea hasta 1768—fecha de su expulsión, cabe preguntar si serán verdaderamente en su integridad, obras de los Jesuitas, el Colegio y la iglesia que hasta ahora sobreviven en parte. Es evidente que los principiaron así como los habían principiado en Jesús, según un mismo plan general. Pero, más afortunados, los continuadores de los Jesuitas, pudieron, en San Cosme, realizar la conclusión de la obra.

La situación excepcional del Pueblo sobre una colina y a dos kilómetros del Paraná, hubiera podido hacer de San Cosme un nido de piratas o el emporio comercial de los Pueblos del interior, no llegó a ser ni uno ni otro.

En las vertientes que van a bañar suavemente sus pies umbrosos en el Paraná, el viajero que remonta o baja el río, no divisa más ahora que una selva medio espesa, allí donde en otro tiempo plantaciones de naranjos ostentaban sus frutas doradas. Tildese aquello de progreso o de evolución, como se quiera. Pero ese progreso o esa evolución son todavía más evidentes en los edificios.

La iglesia, principiada probablemente en 1760 y terminada algunos años más tarde, se encontraba todavía, así como el Colegio en un estado de conservación regular cuando los visitó el sabio Martín Moussy. Pero, en 1899 un incendio consumió la mitad del techado de la iglesia a partir del altar mayor hasta el centro del edificio y, desde entonces, la parte incendiada no ha sido reparada. Se ha vuelto al contrario, receptáculo de inmundicias, refugio de animales, criadero de todas las plantas silvestres. Este es el lamentable espectáculo que presenta en país cristiano el templo donde se celebraban los misterios más augustos de la Religión y del donde subían más sublimes que el incienso, el canto y las súplicas fervientes. Entonces tuvimos presentes las palabras de Daniel: *Ix 27: Haré cesar el sacrificio y la ofrenda en vuestro templo y la abominación de la desolación reinará en ese templo.* Felizmente, con esa lamentable visión del presente vislumbramos la esperanza de un porvenir más risueño así como la vislumbraba Jeremías para Jerusalén XXXY 17: *Más yo haré venir sanidad para ti y te sanaré de tus heridas.*

La iglesia de San Cosme menos rica que la de Santa Rosa, menos artística que la de Jesús, constituye, sin embargo, por su estructura, una particularidad entre los Pueblos situados al sur del Tebicuary. Sus paredes, en efecto, son formadas por piedras labradas, piedras areniscas y rectangulares casi todas. Es probable que los continuadores de la obra jesuítica no dieron al templo la altura proyectada por sus arquitectos porque ésta es relativamente modesta en comparación con el espesor de sus paredes que alcanza hasta un metro y con la longitud que pasa de sesenta. Así mismo se contentaron con una sola columnata formada de doce pilares monolitos levantados a cinco metros cuarenta de distancia unos de otros. En cuanto al interior del edificio, todo en él es muy sencillo y pobre, hasta casi, algo rústico. El altar mayor es un altar improvisado porque el primero desapareció en el incendio. Algunas estatuas arrimadas hacia la puerta mayor constituyen casi todo el adorno de la iglesia. A flor de piso, ciertos epitafios mal borrados todavía, señalan el lugar de algunas sepulturas.

La sacristía de la iglesia cuyo techo fué respetado por el incendio pero no por el tiempo y por las depredaciones, es amplia; en el medio existe un sótano de piedra abovedado más extenso y mejor construido que aquel que habíamos encontrado en Trinidad. Es un rectángulo de cuatro metros por tres y su existencia da lugar a las conjeturas más extravagantes de parte del pueblo; unos afirman que aquel subterráneo era el principio de un túnel que alcanzaba hasta el Paraná, otros afirman que tenía su salida en el campo y que era destinado exclusivamente a los Padres de la Reducción.

Al lado de la sacristía, una sala de diez metros sobre cinco habitada todavía este año por una familia de la localidad pero inhabitable ahora por los desperfectos del techo, había de ser sin duda, la capilla de Nuestra Señora de Loreto erigida en cada Reducción al lado de la iglesia, por orden del P. Provincial, Diego de Torres. Desgraciadamente, a la par de tantas otras reliquias jesuíticas, esta capilla es ahora el refugio preferido de las vacas de la localidad, principalmente cuando arrecian los grandes calores. Es notable, en efecto, la frescura de aquel sitio cerrado por paredes ciclópeas.

Pero, entre todas las obras jesuíticas de San Cosme se destaca por su solidez, por sus dimensiones, el Colegio. Construcción imponente y monumental, de piedra labrada. Una galería de cuatro metros de ancho formando ángulo recto con la Iglesia y constituida por columnas monolitas de cinco metros de alto colocadas a una distancia de cinco metros cuarenta unas de otras, sirve de adorno al frente del edificio al mismo tiempo que protege contra la temperatura elevada. Delante está el patio tradicional de la Reducción cerrado en sus dos lados por la iglesia y el Colegio y

abierto en los dos restantes desde que han sido derribadas las dos espesas murallas y robadas casi todas, pedazos por pedazos. De todo aquello no queda más que una puerta monumental sostenida por dos restos de murallón.

Dos antiguas piletas de agua bendita labradas en piedra, sirven ahora de depósito de agua para los caballos de la policía:

Comment en un plomb vil l'or pur a-t-on changé?

La policía a su vez, se ha instalado en una parte del amplio Colegio dejando la otra para la escuela de San Cosme. Y, en verdad, no dejarían de ser, no diremos suntuosos, pero muy confortables aquellos cuartos de piedra si fueran atendidos y reparados; desgraciadamente no es así. El techo deja penetrar la luz y la lluvia; el piso de madera clavado a unos cinco metros de altura y destinado probablemente a ser depósito o granero, o ha desaparecido o está carcomido. La galería del sur, reproducción fiel de la galería del norte ha caído y sólo de ella quedan unas vigas y los pilares molitos.

A sus pies está la selva cuyo avance lento pero progresivo parece amenazar lo que los hombres no quieren conservar. Allí estaba en otro tiempo la huerta de los Padres cuajada de todos los árboles frutales de las Misiones. Desde aquel pequeño oasis, la mirada podía seguir en lontananza el curso de Paraná que anda con la majestad de un patriarca y la pujanza de un triunfador.

Del cementerio situado como en todas las Reducciones al lado de la iglesia, no queda más rastro ahora.

Entre las cinco reducciones fundadas al sur del Tebicuary, San Cosme es la que tiene todavía las ruinas más imponentes y menos arruinadas. Ventaja singular reservada a un Pueblo que no ha podido tampoco conservar sus monumentos en toda su forma y esplendor primitivos y que parece presenciar impasible o indiferente la destrucción de lo que queda.

Si, contra nuestras esperanzas, las ruinas se volvieron más ruinosas, entonces dentro de algunos años se vería solamente allí el sitio donde se levantaban antes monumentos de fe y de civilización, CAMPOS UBI TROJA FUIT, el lugar donde estuvo la Reducción de San Cosme. ¡Que Dios en su amor preserve de esas nuevas ruinas al Paraguay y a la Religión! Tal fué la súplica que de dirigimos antes de despedirnos de esa tierra de bendición y de abandono.

SANTIAGO

*O terre du passé que faire en tes collines
Quand on a mesuré tes arcs et tes ruines
Et fouillé quelques noms dans l'urne de la mort?*

Estos pensamientos que Lamartine presta a Child Harold cuando se despide el peregrino de Italia, nos vinieron a la memoria al alejarnos de San Cosme, rumbo a Santiago. Nuestra misión había terminado allí porque si bien aquellas piedras testigos de un pasado celestial son dignas de nuestra veneración, no son sin embargo ellas como las de Egipto o de Asiria, testigos eruditos que llevan escritos cada uno, a la par de una página de historia, el recuerdo de su vida. Esta impresión de Child Harold será la nuestra; no solamente en San Cosme, sino en todos los Pueblos de Misiones.

Los baqueanos de la región afirman que median 13 a 14 leguas entre San Cosme y Santiago. En otro tiempo, el P. Altamirano, procurador de la Compañía de Jesús, afirmaba en una carta dirigida al rey acerca de los trabajos lejanos de los yerbales a que se pretendía obligar indebidamente a los indios de Santiago y de San Ignacio, que 100 leguas del Paraguay valían 200 de Europa por la dificultad de los caminos (Pastells. iv. 159). En aquellos días de noviembre habiéramos podido afirmar también que las 14 leguas que separan a San Cosme de Santiago equivalían a 26 o 28 por aquellos rayos solares que caían sobre nosotros como flechas ardientes y hacían arder a su vez nuestro camino. Por su parte, las auras del sur y del norte habían replegado sus alas frescas o tibias y quedamos así durante tres leguas entre la clemencia de Dios y la inclemencia del sol. Felizmente, sobre esa tierra brillante y tropical la noche vino a extender su velo frío y negro como si hubiera sido tejido a orillas del Tártaro helado. Detuvimos nuestra marcha sudorosa en el oasis de Santo Domingo, colmados allí de toda clase de atenciones. A la mañana siguiente, «a la luz de esa oscura claridad que cae de las estrellas», seguimos nuestro camino en un terreno bajo y anegadizo poblado, sin embargo, de numerosos animales vacuos. Así alcanzamos también la orilla de un monte, el primero que encontramos desde nuestra salida de San Cosme, el último también hasta llegar a Santiago. El arroyo *Curnáñay* lo ciñe melodiosamente y modestamente con su faja fresca y angosta. Al cruzarlo, no pudimos olvidar que había sido dos años

antes purpurado por la sangre paraguaya vertila entre hermanos y que allí cayó en los brazos de la muerte, una de las flores más preclaras del jardín asunceno.

Subimos luego a través de un bosquecillo ameno y del bosquecillo bajamos otra vez a la llanura. Llanura sin límites, océano verdeante y sin sombra en que se levanta a manera de espuma marina, un polvo ardiente.

« *Tras una llanura inmensa, otra llanura inmensa*, decía Victor Hugo, hablando de la retirada de Rusia; pero allí, llanura de hielo, aquí, de fuego.

Así caminamos teniendo *la inmensidad bajo nuestros pies y la inmensidad sobre nuestras cabezas*. Al divisar allí en lontananza a un ser viviente, nuestra alegría era comparable a aquella que experimenta el navegante en el mar a la vista de una vela o un bajel lejano.

Al alcanzar las orillas de este mar llegamos también al arroyo Atinguy. Tres leguas todavía y henos después en las inmediaciones del Pueblo de Santiago. Una extensa lomada parece allí el baluarte natural del Pueblo y en aquel baluarte, bosquecillos de naranjos y limoneros parecen, a su vez, otros tantos fortines vivientes. Es Santiago, el antiguo San Ignacio del Pirapó según algunos, antiguo San Benito según el Padre Sánchez Labrador. Fundado al norte del Paraguay entre los Itatines en 1632 por los P. P. Mansilla y Rançonner, dos veces tuvo que cambiar de sitio, una primera vez por causa de los ataques de los mameucos y mbayaes, una segunda por causa de los guaicurúes, hasta que por fin en 1669, con autorización de la Audiencia de Buenos Aires, fué trasladado al sitio definitivo y tomó el nombre de Santiago. (1) Por esto, probablemente, y por ser de fundación reciente, no pudieron los Jesuitas movilizar ningún indio de Santiago para cooperar a la toma de Colonia del Sacramento en 1680; pero aquellos indios habían pagado ya a España el tributo de sangre estando todavía en el norte, en el sitio de Arecayá, bajo las órdenes de Sotomayor y Figueroa, como consta de una carta de Felipe Rege de Corvalán, dirigida en 1674 al rey de España.

(1) Ciertos historiadores encabezados por Azara incurren probablemente en un error cuando atribuyen la fundación de Tarey, Bomboy y Caaguazú cercano a Jerez, a Pedro Caballero Bazán en 1592. Si estos Pueblos fueron fundados entonces como lo dice Azara, duraron muy poco, porque en 1512, 1513 no existían más y por lo tanto no pudieron ser encargados en 1632 a los Jesuitas como lo afirma el mismo Azara. Lo que pasó en 1632 fué, según lo referimos, la fundación, por los Jesuitas, de dos Pueblos.

Es bueno saber, en efecto, que aunque pacíficos por vocación y carácter, sin embargo, en casos necesarios, los Jesuitas no retrocedían ante ese glorioso ejercicio, esas ilustres fatigas y esos nobles tumultos de la guerra.

Cien años duró el régimen jesuítico en el Pueblo de Santiago 1669-1768 y este régimen secular fué fecundo en obras de toda clase.

A unos veinte metros de la plaza que sombrean como un gran quitasol altos y apretados paraísos, se levanta la iglesia o más bien el resto de la iglesia. Lo demás ha sucumbido desde unos pocos años tanto bajo los achaques de la vejez como por la negligencia de las autoridades. En su integridad, la iglesia constaba de unos cuarenta metros de largo y 10 de ancho aproximadamente, teniendo una altura de siete metros hasta el nacimiento del techo. Como en las iglesias de San Ignacio, Santa María y algunas otras, sus paredes no eran constituidas por piedras sino por una tierra colorada de un espesor de 0,75 cen. en algunas partes y de 1.20 en algunas otras, como en San Ignacio, probablemente a causa de los calores elevados. Esta tierra a su vez era asegurada por fuertes horcones y travesaños. Bajo el peso ciclópico de aquellas paredes y carcomidos sus pies sepultados en la tierra, los horcones se han desplomado y su desplomo ha causado la caída de las paredes que éstos sostenían. Una inspección rápida de aquellos pilares y luego su reemplazo hubiera podido evitar la pérdida del edificio. Efecto de la misma causa lamentaremos en Santa María, Santa Rosa y San Ignacio.

La parte de la iglesia que hasta ahora sobrevive en Santiago sufrirá dentro de poco tiempo la misma suerte y siempre por las mismas causas.

Estas preciadas reliquias tienen todavía unos veinte metros de largo; bajo su pórtico (si así puede llamarse un armazón techado y medio arruinado) se encuentran dos campanas de distinto tamaño. En una de ellas aparece de relieve esta inscripción « 1725; Santa Bárbara, ora pro nobis ».

Penetremos en el santuario formado de una sola nave. Apenas se han abierto las puertas monumentales propias de las iglesias jesuíticas, os reciben allí una multitud de santos y santas de madera, de todas las dimensiones, de todas las edades y de todos los colores, unos con los brazos extendidos de la oración, otros con los brazos abiertos, todos en fin con una expresión de beatitud celestial. En tamaña compañía, uno tiene la dulce ilusión de haber franqueado los umbrales del cielo. Apesar de las múltiples depredaciones, allí están todavía más de cuarenta estatuas. Para su escultura, los montes han regalado generosamente, profusamente, sus lapachos y sus urundey más hermosos; las Misiones han formado sus artistas de toda clase, diríamos casi, que han escul-

pido a sus escultores. No pretenderemos que todas aquellas obras sean dignas del cincel de un Fidias o de un Epicteto. Pero, teniendo en cuenta de que se habrá echado mano de las más artísticas, no falta, sin embargo, entre las restantes, una que otra que tenga una belleza especial. Un Santiago, por ejemplo, que apoya sobre un bastón de viajero su mano austera y fatigada, impresiona por la magestad y dulzura impresas sobre su fisionomía. Un poco más abajo, una estatua de la Virgen que ha de ser una Inmaculada Concepción, os sonríe con el candor juvenil de una doncella y la bondad sin par de una madre. Perdonaremos ciertas formas arcaicas y rudimentarias si consideramos en qué país, con qué elementos y en qué época los Jesuitas han realizado tales maravillas o ensayos. ¿Quiénes antes o después de ellos han llegado a superarlos o a igualarlos en la educación moral, intelectual y artística del indio? Cierto es que allí hubo imperfecciones y no se necesitan ojos de lince para notarlas; los Jesuitas ellos mismos las palpaban. Pero había de haber deficiencias; los maestros eran hombres y como tales condenados a errar también a veces pero, sobre todo, los discípulos eran bárbaros y si es difícil conseguir la perfección moral e intelectual de un hombre civilizado, cuánto más de un bárbaro. Pero nos consuela sobremanera pensar que ninguno de los detractores por falta de rectitud o por falta de práctica, ha llegado solamente a sospechar el trabajo y el tiempo que requiere la civilización, no de un hombre sino de una multitud de bárbaros.

El altar mayor rodeado piadosamente de santos y santas como de otros tantos adoradores mudos, no es el altar primitivo; éste yace al lado de la iglesia en un cuartoabierto. Dos grandes columnas de madera, labrada con un gusto raro, eran el adorno principal de aquel altar; allí están en tierra con el maderaje restante esperando el término de su prof nación y la hora de su rehabilitación de parte de alguna alma piadosa que cual otra Verónica, lo limpie y le devuelva su esplendor antiguo. En un cuarto contiguo de poca luz, de poco aseo y de mucha humedad, otra multitud de santos anhelan también, a su vez, el momento para salir de aquel purgatorio, desde los ángeles que cantan sobre el pesebre hasta los mismos mártires e intrépidos misioneros.

Entre las paredes restantes de la iglesia, se ve todavía a la altura del techo, un armazón de madera que sostenía la cúpula, sobre el altar mayor. ¿Este esqueleto será revestido un día con sus atavíos antiguos o bien será derribado a su vez por la intemperie o por los hombres más crueles todavía?

El cementerio antiguo situado al oeste de la iglesia y adyacente a ella, ha sido trasladado a cierta distancia del Pueblo.

Si ahora del oeste orillamos el cementerio en dirección al este, encontramos todavía a nuestra izquierda las paredes de la sacristía medio intactas aunque privadas del tech. ¡Espectáculo lamen-

table! Parecen muñones informes en lucha contra los elementos que han destruido el cuerpo grandioso a que pertenecían.

Visión más risueña ofrecen aquellos naranjos y guayabos que han brotado allí mismo donde se encontraba en otro tiempo el huerto de los Padres. ¡El huerto!!

Quizás el único lugar de su descanso durante su vida así como lo es ahora el cementerio después de su muerte. Por esto, nos parece que esa tierra tan regada por los sudores de los santos y fecundada todavía por su muerte, ha de ser fecunda a su vez en virtud y en heroísmo.

Entre el huerto y un patio estaban las celdas de los Padres hoy reducidas a escombros sobre los cuales se irguen todavía algunos horcones.

Mas consoladora es la vista hacia nuestra derecha en dirección a la plaza y perpendicularmente al sitio donde estuvo la casa de los Padres jesuitas. Allí están todavía medio destechadas unas, intactas otras, las casas que fueron probablemente talleres. Una galería ancha de dos metros cincuenta pasa sin interrupción delante de las piezas hasta enfrentar la plaza. La guardia policial de Santiago ocupa algunas de estas piezas. De aquí arranca otra galería de iguales dimensiones, pero que en ciertas partes ha sido sustituida por una nueva, mientras que perduran todavía las casas que fueron de los indios, ahora ocupadas por los habitantes de Santiago. Cuartos amplios de 25 metros cuadrados cuyas paredes alcanzan hasta un metro de espesor y prometen todavía una duración centenaria.

Uno de ellos ha sido morada nuestra durante nuestra estadía en Santiago. Es así como se han deslizado para nosotros allí horas muy amenas en compañía de un pasado que ha logrado sobrevivir a la destrucción.

No menos gratos han sido los momentos transcurridos en compañía de un venerable y venerado patriarca de Santiago, don Agustín Quiñónez (1) y de su solícita y distinguida familia cuyas múltiples y finas atenciones han grabado en nuestro corazón un recuerdo perenne de gratitud.

(1) El 28 de Junio p. p. este piadoso varón entregaba a Dios su alma, dejando a su familia, a sus amigos y al Pueblo de Santiago, con la tristeza de su muerte, el recuerdo de una vida recta y admirablemente cristiana.

¡Reciba, pues, para sí su atribulada familia, la ofrenda humilde de nuestro sentimiento y para el difunto, la seguridad de nuestras oraciones más fervorosas!

No formularemos el voto inútil de ver resucitar la antigua Reducción de Santiago, pero a lo menos séanos permitido cifrar nuestras esperanzas en un porvenir moral digno del pasado, porque si es a veces retrogradar el reproducir la vida material de antaño, sería retrogradar más todavía el no poder igualar en el siglo presente que tanto se gloria de progreso, el progreso por excelencia, el progreso moral de los siglos anteriores.

SANTA ROSA

No sé si esta antigua Reducción realizó o realizará un día plenamente desde el punto de vista moral y material, el hermoso nombre de Santa Rosa con que fué bautizada por los Jesuitas. ¿Habrán tenido presente sus fundadores en aquella tierra predilecta algún recuerdo bíblico, *«flor del campo, lirio de los valles»* (Cant. II), *«progresas como la rosa plantada a orillas del arroyo»* (Eccli XXIX. 17), o bien habrán recordado solamente la viviente y virginal Rosa limeña y vislumbrado la esperanza de que esta nueva Reducción sería la rosa de las Misiones y las embalsamaría por su virtud así como la Rosa de Lima había sido una flor preclara de santidad en América y la había embalsamado por su santidad? No lo sabemos. Pero los alrededores de esa Misión son verdaderamente encantadores. Aquí están los campos del valle, campos de la llanura, campos lozanos revestidos por Dios con una vestidura más hermosa que toda la gloria de Salomón.

Más allá, sobre la derecha, viniendo de Santiago, están las tres curvas desiguales de la Cordillera de Santa Rosa, «como si hubiese temblado la mano del pintor al dibujarlas sobre el lienzo sublime», o bien como si después de un primer esfuerzo titánico para escalar el cielo, el monte hubiese retrocedido para escalarlo una segunda y una tercera vez, hasta que aplastado en fin por sus varas tentativas, hubiese recibido el castigo de ser igualado y confundido con la llanura, imagen del orgullo, realización de esta palabra: *«Aquel que se exalta será humillado»*. Si, además, las palmeras que se irguen en los campos fuesen más apretadas y más altas, uno tendría la ilusión de un panorama oriental.

Cuando, desde lo alto de la torre de Santa Rosa todo aquello se ha desplegado bajo nuestros ojos, hemos recordado estas palabras del siglo XVI: *«Esta tierra (del Paraguay) en constelación, calidad, distinción, mantenimiento y en todo lo que se puede conseguir para el sustento de la vida humana, es la mejor a dicho de todos los que han estado en la Nueva España, Perú y otras partes del mundo que se ha descubierto»*. Palabras confirmadas por la ciencia en el siglo XIX: *«Las Misiones, dice Moussy, ocupaban una tierra magnífica del país más hermoso del mundo»* y el gran sabio Amado Bonpland, conocedor profundo de ese territorio, se expresa casi en los mismos términos, en lo poco que ha escrito acerca de las Misiones.

Pero, mientras las obras de Dios duran y perduran y no pueden ser destruidas sino por Él o por los elementos esclavizados por Él, por un contraste que demuestra la potencia del uno y la debilidad del otro, las obras artificiales de los hombres se esfuman bajo el soplo del tiempo, de la persecución o del abandono. Tal ha sido la suerte de las construcciones de Santa Rosa a la par de varias otras.

Santa Rosa aparece en su origen como colonia de Santa María de Fê hasta que en 1697, fué desprendida. Los viajeros y escritores que pudieron ver su iglesia, han ponderado a porfía tanto sus dimensiones como su riqueza. A nosotros ha sido reservada la suerte lamentable de no encontrar más que montones desiguales de ruinas allí donde se levantaba uno de los templos más hermosos de las Misiones. Santa Rosa no tiene más iglesia desde aquel voraz incendio que la destruyó en 1883, pero la conocemos mediante la descripción de Moussy que la visitó en 1856. «Este edificio está construido con piedra y madera, siendo los muros formados por grandes bloques de asperón rojo superpuestos y sin cemento mientras que el techo artesonado, las columnas pareadas que lo sostienen y el pórtico en forma de concha, están formados por enormes piezas de madera perfectamente trabajadas. La longitud total del edificio es de 60 metros; al entrar en él, se siente uno verdaderamente deslumbrado por la riqueza y el número de los ornamentos que encierra. El coro está cubierto de arriba abajo de estatuas de santos esculpidas en madera; un San Miguel derribando al diablo corona el alquitrahe del altar mayor; la cúpula esculpida y pintada de rojo y oro tiene en su cuatro pechinas un nicho conteniendo la estatua de un papa. Las doce columnas apareadas que sostienen la nave de cada lado, tienen en su intercolumnio, la estatua de un apóstol de tamaño natural; las siete capillas laterales no son ni menos ricas ni menos adornadas.

Cuatro confesionarios artísticamente esculpidos y pintados se hallan colocados entre las capillas. El bautisterio está en un pequeño santuario adosado a las paredes de la iglesia; adórnalo un grupo en madera representando el bautismo de Jesús. La sacristía situada al fondo y a la derecha de la iglesia está igualmente decorada con un altar recargado de esculturas y por fin los vastos armarios adosados a las paredes son también ricamente esculpidos. Una fuente de mármol desgraciadamente rota por accidente e imperfectamente restaurada, vierte agua en una gran jarra de plata, único resto de todas las antiguas riquezas de aquella magoífica iglesia. La concha del pórtico está igualmente revestida con adornos esculpidos y pintados, pero los colores han desaparecido en parte. Contigua a la iglesia y próxima al gran pórtico de la entrada al Colegio, se eleva una torre cuadrada de piedra, de un dibujo más simple, la cual no ha sido nunca concluida pero el go-

bernador paraguayo trata de terminarla para colocar las campanas. El Colegio, antigua casa de los Padres queda intacto y sirve de alojamiento al cura y al mayordomo. Es un gran edificio cuadrado del cual la iglesia forma uno de los lados.

Las riquezas de la iglesia han desaparecido, primeramente en 1810, después bajo Francia y por fin en 1848, bajo el señor López, casi todos los utensilios de plata que quedaban, han sido arrebatados.

La iglesia de Santa Rosa es incontestablemente el más bello espécimen de las construcciones jesuíticas en todas las Misiones. Ciertamente, del punto de vista del arte, hay mucho que decir; las estatuas son bastante groseras, los ornamentos no atestiguan un gusto muy puro pero el conjunto es realmente magnífico; y cuando se piensa con qué elementos, en qué país los Padres de la Compañía de Jesús han realizado semejantes maravillas, uno queda realmente confundido.

He allí lo que era en parte, la Reducción de Santa Rosa; veamos lo que es ahora. Es casi solamente, según la palabra de Lucano, *«magni nominis umbra»* la sombra de un hermoso nombre.

Quizás porque era de piedra, la torre se ha salvado del incendio como se salva de un naufragio un mástil más resistente de un navío. Esta torre, casi único sobreviviente entre los monumentos religiosos de Santa Rosa, es una construcción cuadrada cuyas paredes miden siete metros de lado, ocho de alto y un metro noventa centímetros de espesor. Así como sus hermanas de Trinidad y de Jesús, tanto se parece a una fortaleza como a un campanario de iglesia. Abajo de la torre existe también un sótano el cual, a la par de los demás, es objeto de las afirmaciones más risueñas y más absurdas. El ingeniero Queirel, afirma al hablar del sótano de San Javier que *«esos sótanos servían de despensa»* lo que parecería bastante verosímil para el de San Cosme si no fuera por la falta caso total de luz y de aire y el exceso de humedad. Por otra parte, al hablar del sótano de Santa María la Mayor, el mismo escritor afirma que *«un poco debajo de las celdas, al fondo y en sentido transversal, corre un sótano o zanja que comunica con otra del templo y que tiene cincuenta centímetros de ancho por un metro de hondura con piso y costados empedrados»* y este mismo destino se aplicaría bien al sótano o zanja que vimos hace dos años en Trinidad, el cual arranca más o menos del sitio inmediato al altar mayor, si los habitantes de allí no nos hubiesen asegurado que esto era antes pequeña necrópolis, hipótesis corroborada por el mismo Queirel quien asegura que en el sótano del Colegio de San Ignacio Mini, encontró *«restos humanos»* aunque el citado autor agregue después, pero gratuitamente, que *«estos restos dejan presumir un drama»*.

Al lado del sitio que ocupaba la antigua iglesia se ha levantado una capilla espaciosa y sencilla. Allí se han refugiado las

reliquias de la escultura jesuítica y guaranítica de Santa Rosa. Debemos agregar, dice Moussy, *«que en aquellas estatuas no hemos visto ni miembros ni ojos movibles ni nada de todo aquello que puede favorecer esas juglarías que viajeros poco observadores han prestado a los directores de Misiones»*. Sin embargo, dejamos constancia de lo contrario acerca de una estatua de Nuestra Señora de Loreto llevando al Niño Jesús cuyos ojos pueden ser movidos y dando así la ilusión de que son animados al mirar en distintas partes, producen sobre los inadvertidos una impresión singular. En Santa María de Fé, Aquel que el pueblo llama *«el Señor Crucificado»* lleva también los brazos y los ojos movibles.

No deja sin embargo, de extrañarnos la opinión del doctor Ambrosetti el cual narra en sus *Viajes a las Misiones argentinas* haber notado en las ruinas de San Luis (Brasil) a un San Francisco de tres metros de alto y hueco en su interior, porque, agrega él, según la tradición????, los Jesuitas se metían dentro de los santos huecos para hablar por alto para infundir terror a los indios. Si la estatua tiene realmente una altura de tres metros, caso raro en las Misiones, se comprende, desde cierto punto de vista, que esta estatua haya sido ahuecada para aliviar su peso que había de ser colosal. Si, por otra parte, los Jesuitas se metían adentro de la estatua para dar a los indios la ilusión de que era el santo mismo quien les dirigía la palabra, en este caso hubiera sido necesario dar también a la estatua, labios movibles; de lo contrario, el engaño resultaba sencillo y pueril aún para esos niños grandes. Si se trataba solamente de esconderse y dar la ilusión de una voz misteriosa, el predicador podía esconderse en cualquier otra parte vecina. Creo, por lo tanto, que podemos relegar al rango de patrañas insignes, la explicación singular del doctor Ambrosetti.

De la Reducción de Santa Rosa queda todavía y sobre todo, la capilla de Nuestra Señora de Loreto levantada a unos veinte pasos de la iglesia. Edificio rectangular, elegante, correcto y sencillo y que tiene, según parece, las mismas dimensiones que la Santa Casa de Loreto. Las pinturas antiguas que decoraban las paredes en el interior de la capilla han desaparecido y en su lugar figuran otras de un gusto y arte bastante elementales. Durante este último año escolar, la capilla sirvió, parece, de escuela para los niños de Santa Rosa; pero, apenas terminados los cursos, el edificio quedando abierto y abandonado, los animales de toda clase que vagan por las calles, entran y moran tranquilamente allí como en su propio establo. Sobre el frontis que mira a la plaza, hemos podido leer todavía esta inscripción:

HIC. N. EST. AL.
NISI DOM. DEI G.

Esta casa no es otra sino la de la Madre de Dios.

La plaza de Santa Rosa dominada por la iglesia, la torre y el Colegio, se prestaba admirablemente por su superficie a todos aquellos ejercicios religiosos y profanos con que los Jesuitas solían alimentar la piedad o amenizar la vida de los indios. A un lado de esta plaza existen todavía en su regularidad, alineación y larga extensión primitiva, las casas levantadas por los guaraníes, resguardadas contra la lluvia y el sol por una misma galería.

Después de San Ignacio Guazú, Santa Rosa es en 1702, la Reducción más poblada del Paraguay y desde el punto de vista religioso, las aventaja a todas, si juzgamos por el número de comuniones.

Mientras en otra parte, el indio era perseguido, exterminado por la espada del conquistador, por el látigo del capataz, aquí, mediante la cruz, se multiplicaba, y en alas de una voluntad e inteligencia amaestradas lentamente pero progresivamente por la Religión, se remontaba hasta Dios, Fuente soberana de todo progreso material, intelectual y moral.

SAN IGNACIO GUAZU

A fines de 1609 en P. Marciel de Lorenzana S. J., rector del Colegio de la Asunción, fué mandado por el Provincial, Diego de Torres, al sur del Paraná para fundar un Pueblo con indios reducidos. Después de haber cruzado por lo que ya se llamaba Yaguarón y los campos de lo que sería más tarde Carapeguá, Quiindy, Caapucú, después de haber contemplado a su izquierda como dos pedazos de cordillera llevarlos allí, los Cerros de Acahay e Ybycuí, el Padre y su modesta comitiva llegaron a orillas del Tebicuary. ¿Cuál habrá sido entonces su impresión ante ese nuevo Jordán que sería la barrera norte de la nueva Tierra Prometida, destinada a sus hermanos? Grande hubo de ser su admiración a la vista de aquella tierra opulenta en que la mano del Creador parecía haber derramado a profusión todas las riquezas naturales; pero más grande fué su asombro al pensar en el número de almas sumidas allí en la barbarie y la ignorancia completa de Dios. Probablemente hubo de repetir entonces a los pocos compañeros, la palabra entristecida del Maestro a los discípulos: *La mies es verdaderamente mucha y los obreros pocos*. Pero, lleno de confianza en Aquel que lo mandaba por sus superiores hubo de entrar resueltamente en esa tierra, repitiendo lo de Pedro: *En tu palabra saltaré la red*.

El P. Marciel de Lorenzana iba a ser en aquel campo de batalla de seis mil leguas cuadradas, el precursor de esa falange de soldados de Cristo pertenecientes a la Compañía de Jesús que recogerían allí toda clase de coronas, hasta la palma del martirio.

Entretanto que sus hermanos viniesen a echar a manos llenas la semilla evangélica en aquellas inmensas tierras bañadas por tres grandes ríos, tierras que todos fecundarían por su sudor y algunos por su sangre, el P. Marciel de Lorenzana acompañado del P. Francisco de San Martín y del cura de Yaguarón, dió principio a su misión. El cacique Arapizandú que gozaba en aquellas comarcas de gran prestigio, prestó su concurso activo y eficaz a los misioneros. Pero no había transcurrido todavía la mitad del año 1610, cuando el P. Marciel de Lorenzana resolvió cambiar el sitio de la Reducción y llevarla hasta el punto que ocupó después. El año siguiente, el P. Roque González de Santa Cruz reemplazaba al P. Marciel de Lorenzana al frente de la Reducción. Bajo la dirección de ese Apóstol paraguayo que la Iglesia agregará quizás

un día a su martirologio, se activaron los trabajos de la iglesia y de la misma Reducción pero más todavía las obras de santificación. Los informes de los gobernadores como el de Felipe Rege de Corvalán, en 1673, hasta el informe del mismo Cárdenas, en 1643, rebosan de alabanzas y admiración ante las maravillas de trabajo y de organización realizadas por los misioneros así como ante la perfección de costumbres de los indios.

De estos monumentos inmateriales de virtud no queda más que un hermoso recuerdo; veamos lo que queda de los edificios materiales.

Como todos los caminos de Misiones, aquel que conduce de Santa Rosa a San Ignacio tiene su gracia y sus encantos particulares. Santa Rosa tiene sus campos de palmas, San Ignacio sus valles y sus arroyos. Aquel cristal que cruza rápidamente el camino ardiente como para buscar la sombra de la enramada, es el Yacá Caá. Aquel otro menos tímido que baña lentamente y amorosamente los pies de una colina, es el Acá-Guazú. Allí está San Ignacio, invisible casi bajo un espeso y tropical ropaje; pero no busqueis lo que el viajero busca siempre ante un Pueblo o una aldea nueva, es decir la iglesia; la iglesia no existe más. El vasto y suntuoso edificio de tres naves, más grande que el de Santa Rosa y levantado por el P. Roque González de Santa Cruz, es ahora caos de tierra y maderos como si un cataclismo hubiera cruzado por allí. El cataclismo no ha pasado, pero ha pasado una ola de destrucción sistemática en cierta parte, una ola de descuido, de desamparo, en ciertas otras, hasta que por fin, el año anterior, los soldados, en previsión de una desgracia inminente, derribaron casi todo lo que quedaba.

La iglesia de San Ignacio dominaba la plaza como en Santa Rosa. Al frente y en lo que fué pórtico, existe un pozo de donde se ha sacado uno de los pilares de madera que sostenía el pórtico; allí se encontraba sepultado con una parte de sus raíces. En vez de cortar simplemente el horcón a flor de tierra se lo ha arrancado a fuerza de trabajos colosales pero inútiles porque fueron emprendidos con la esperanza siempre frustrada de encontrar algún tesoro: *jauri sacra fames!* En este pórtico se admiraban en otro tiempo ciertas pinturas antiguas que fueron más tarde reemplazadas por frescos groseros, los cuales, a su vez, han caído también con todo lo demás. Del frontis queda todavía con un pedazo de pared, la puerta gigantesca cuya resistencia parece haber desafiado los trabajos demolidores.

A la izquierda del edificio y en su interior perduran todavía las cuatro paredes y la puerta de un cuarto llamado bautisterio. Perdura en fin la pared situada a la derecha de la iglesia, casi en su totalidad. Lo demás que queda de las tres naves de la iglesia, está en suelo. Están allí tendidos los largos y pesado pilares de

madera como muertos que esperan sepultura o resurrección. Si causa extrañeza el estado de conservación de aquellos maderos, basta recordar que fueron colocados allí a mediados del siglo pasado en sustitución de las columnas que sostenían antes el techo de la Iglesia: ¿Pero dónde están las estatuas y sus altares, dónde están las tumbas de la iglesia? El altar mayor, quizás a causa de sus dimensiones, ha emprendido el camino del olvido y se encuentra conservado y sepultado también en una casa particular; otros han ido a ostentar sus columnas labradas, sus esculturas de madera en ciertas moradas piadosas, en donde se los rodea, entre múltiples atenciones, no sólo con flores sino también con oraciones.

Los santos y santas de madera se hospedan acá y acullá porque no han faltado almas caritativas ni tampoco interesadas que abriesen las puertas de su casa, no sólo a un santo protector sino también a un santo hermoso, bien esculpido y bien pintado.

Hasta el sueño secular de los muertos con la esperanza siempre engañosa de un hallazgo precioso, ha sido profanado. Entre aquellos muertos sepultados en la iglesia, había dos varones esclarecidos por su santidad, los P. P. José Cataldino y Simón Mazzeta. El primero, después de haber trabajado a la par de otro Francisco Javier en la Misión del Guairá, Parapané, Pirapó, Paraguay, etc... falleció en San Ignacio el 1º de Julio de 1553 y fué enterrado en la iglesia.

El P. Simón Mazzeta es quizás con el P. Montoya, la figura más descollante de la «*Conquista espiritual*». Misionero del Tacutí, del Taiaoba, del Guairá, fué austero como un anacoreta hasta alimentarse solamente de raíces y frutas silvestres, intrépido como un mártir hasta enrostrar a ciertos caciques soberbios y armados, sus culpas o pretensiones. En ese largo Calvario que se extiende desde el Guairá hasta San Pablo, el P. Simón Mazzeta fué el compañero de dolor de los infelices indios arreados por los mame-lucos. Más tarde, caminaba con el P. Montoya y sus doce mil tráfugos en ese otro calvario que va del Guairá al Yabebyri. Después de haber así llevado su cruz en lejanas tierras, el P. Mazzeta quedó clavado en ella con los clavos de la apoplejía que le trabó la lengua y le dejó inmóviles sus labios; Misterio de dolor y de amor! Dios quería tal vez al asociar aquellos sufrimientos a los sufrimientos de su Redención, patentizar en la persona del P. Mazzeta que sus elegidos sabían predicar tanto por el ejemplo como por la palabra. Y aquella predicación doliente y tan elocuente duró cinco años hasta 1658. El P. Mazzeta fué sepultado en frente del sepulcro del P. Cataldino, en la iglesia de San Ignacio.

Los trabajos emprendidos por los buscadores de tesoros dieron lugar en San Ignacio al hallazgo de un subterráneo cerca del altar mayor y de un resto de cajón con ciertos pedazos de ornamentos. No; hay algo más: excavaciones practicadas en distintas

partes de los campos vecinos han dado con un canal que conducía en San Ignacio el agua de una fuente bastante lejana. ¿San Ignacio habrá tenido entonces bajo el régimen jesuítico, aguas corrientes y habrá sido desde cierto punto de vista, más adelantada que ciertas capitales modernas?

El Colegio perpendicular a la iglesia ha sido transformado en cuartel de caballería: la cruz descolgada por la espada. En el ángulo formado por el Colegio y la iglesia se encontraba el patio de la Reducción y de los talleres. Atrás del cuartel se encontraba probablemente el huerto que no faltaba en ninguna Reducción.

Las casas situadas sobre la plaza son casi todas las antiguas casas levantadas por los Jesuitas, principalmente en cuanto a las columnas; allí, en efecto, los pilares de material han sustituido a los de madera.

Estas casas no son ni menos espaciosas ni menos confortables que las de Santiago como hemos podido notarlo en aquella puesta a nuestra disposición por la familia Ramírez a quien tributamos aquí, de paso, nuestro profundo agradecimiento, no solo por esto, sino también porque nos ha brindado con una generosidad paraguaya, una hospitalidad verdaderamente regia.

La plaza que llevaba solamente en otro tiempo a cada esquina una cruz rodeada de palmas, viste ahora una vegetación ecuatorial, pletórica de vida, como si quisiera poner sombra a un pasado más ilustre, sin embargo, que el presente.

Si bien aquel pasado queda mal grabado ahora en la tierra con las letras informes de las ruinas, queda a lo menos escrito en las páginas gloriosas de la historia, así como, según nos gusta creerlo, en las páginas eternas de la gloria.

SANTA MARIA DE FE

Entre San Ignacio y Santa María de Fe median aproximadamente tres leguas. ¡Santa María, centinela avanzado hacia el norte, de los Pueblos de Misiones! Pero, como si sus fundadores hubiesen cometido un avance arriesgado o bien como si hubiesen querido agrupar en adelante contra un enemigo común y en forma más estratégica, las Reducciones, fundaron después hacia el sur, la Reducción de Santa Rosa, colonia en un principio de Santa María de Fe pero destinada después a igualar los progresos de su madre y quizás a superarlos.

Camino ameno y limpio aquel que se dirige de San Ignacio a Santa María, pero sobre todo, hermosos panoramas aquellos que se contemplan en el trayecto. De lo alto de una meseta, la mirada abarca sucesivamente, San Ignacio al sur oeste, Santa Rosa al sur este y Santa María al norte. Sí, allí está también el Pueblo de Santa María al pie de su cordillera como al pie de un baluarte imponente desde cuya altura los vigías podían señalar el enemigo de las Reducciones. Retoño vigoroso transplantado un día en 1669 de la tierra de Itatines a la tierra de las Misiones y destinado después a dar nacimiento a una flor llena de vida y de aroma celestial que sería la Reducción de Santa Rosa.

Por el momento lo que llama nuestra atención sobre nuestra izquierda, es una zanja de unos ochenta centímetros de profundidad y de un metro de ancho, medio cegada y llena en parte de arbustos de toda clase. Esta es la supuesta y temible trinchera alrededor de la Reducción ideada por Barúa en su informe, afirmación que Felipe V sepultó como impostura y calumnia pero, a la cual, sin embargo, Azara trató de dar una nueva vida en sus *«Viajes inéditos»*. Los habitantes de la comarca llaman aquella zanja *«Valo»*, alteración probablemente de la palabra valla. He aquí según el *Memo-rial* que el P. Jaime de Aguilar dirigió al rey, la importancia militar de esa trinchera que uno se representa erizada de flechas y de fusiles y pronta para vomitar la muerte contra el temerario que se acercara.

«El suplicante ha entrado y salido muchísimas veces de dicho »
« Pueblo (de San Ignacio); lo ha visitado muchas de Superior y »
« ha estado cuidando de él como cura interino muchas veces... »

«El Pueblo de San Ignacio no tiene muro alguno; todas »
« casi todas sus calles rematan en campo abierto. Como dos le- »
« guas del Pueblo, camino de las Corrientes, hay una zanja, que, »

« como en otros Pueblos, aunque sin camino de españoles, sirve »
« para que los caballos, vacas, bueyes y otros animales que »
« pasan fuera de ella, no entren a comer o talar las cementeras; »
« esta zanja se puede saltar a pie y a caballo y está casi ciega; »
« y sólo obliga a las carretas que pasen por una como boca o »
« portillo en que no hay zanja. Y en este portillo y en otras par- »
« tes, para el efecto dicho de que no pasen los animales, suele »
« haber unas trancas o palos atravesados que cualquiera los quita »
« y pone cuando se le ofrece. También solía haber en ese »
« portillo un indio que viese si los pasajeros; como es frecuente, »
« arreaban entre sus bueyes, cabalgaduras o animales algunos del »
« Pueblo o si llevaban indias o muchachos engañados o hurtados. »
« También solía servir este portillo y el indio o indios que allí »
« estaban para visitar las tropas y carretas que pasaban según »
« lo mandaban al indio, Corregidor o alcalde de San Ignacio, los »
« gobernadores del Paraguay cuando este paso pertenecía a aquel »
« gobierno ».

Barúa mal parado en la corte de España, se había valido del fantasma de las trincheras jesuíticas como último atrincheramiento suyo: impostura inútil.

Mientras recordábamos aquellas pependencias, habíamos llegado a la entrada del Pueblo de Santa María. Dejando a nuestra derecha el modesto cementerio, penetramos en la vasta planicie casi cuadrada llamada plaza. Dos hileras de casas paralelas a esta plaza forman una parte del marco que completaban antes la iglesia y el Colegio por un lado y otra fracción de casas, por otro. Entre las cinco Misiones restantes del sur del Tebicuary, ésta es la más humilde y la más desastrosa. Estas casas y sus galerías, que llevan casi todas, sin reparación alguna, inscrita en sus puertas, en sus paredes, en sus techos y en sus horcones, la edad colonial y jesuítica, es todo lo que nos queda de una Reducción floreciente, la cual en 1702 contaba 681 familias. La iglesia de tres naves, bastante hermosa todavía en 1856 cuando la visitó Moussy y que dominaba la plaza, no la domina más ahora que por sus escombros de tierra. En vano se busca allí todavía huellas del peristilo antiguo rodeado de cocoteros; apenas si se adivina el lugar ocupado por las paredes y las naves. Si no sobreviviera todavía un resto de escalinata no podríamos ubicar la puerta de la iglesia. ¡Espectáculo aterrador! Un cataclismo, una ráfaga vandálica no habrían sido más desastrosos que la negligencia o la depredación. En esas ruinas sagradas, se encuentra verificada literalmente lo de Jeremías: « *Haré de Jerusalén un montón de arena* ». Y estos montones revisiten aquí todas las formas, tienen todas las dimensiones como para evidenciar la muerte del edificio por el contraste que presenta cada una de sus partes. Bastará sepultarlo todo o nivelarlo todo para que se pierda de vista hasta la ubicación de la iglesia; este día la

obra de destrucción contribuirá más que nunca a la destrucción misma del recuerdo.

Al lado de la iglesia pisamos lo que fué patio de la Reducción; en este patio están todavía acá y acullá algunas piedras labradas, neg uzcas, que parecen haber sufrido todas las profanaciones de los hombres y todas las injurias del aire.

Entre esas reliquias yacía un reloj de sol casi cuadrado, de 85 centímetros por 90, llevando todavía grabadas de un modo visible, a pesar de sus sufrimientos medio seculares, las cifras y las líneas; solo faltaba la aguja. Cada Reducción tenía probablemente su reloj de sol, pero la mayor parte han desaparecido ahora.

Queirel recuerda haber visto apenas uno de ellos en la antigua Reducción de Santa Cruz, a pesar de haber visitado muchos otros Pueblos.

Lo que es la iglesia de Santa María, lo es también el Colegio y lo es la casa de los talleres. Siempre la misma desidia causa de los mismos estragos y servidora de la muerte, iba casi a decir, de la nada.

Pero si la muerte impera bajo nuestros pies, delante de nosotros, la vida, una vida exuberante llena la colina vecina como una visión primaveral y esa vida va cruzando triunfante el otoño y el invierno. Allí corre, canta y murmura el arroyo Santa María bajo árboles que prodigan sombra espesa a quien les dá aguas abundantes y puras. Existe todavía en aquel monte tupido una de esas piletas parecidas a otras que los viajeros han señalado en sus excursiones a las Misiones, v. g. aquella de San Javier en la República Argentina.

Pero el recuerdo principal que se cierne sobre aquella cordillera y en aquellas solitarias colinas y parece animarlas como soplo de ultratumba, es el de Amado Bonpland. (1).

(1) Amado Goujand Bonpland nació en la Rochelle el 28 de agosto de 1773. Al salir del Colegio fué algú tiempo estudiante de medicina en París y siguió los cursos de los maestros más esclarecidos de esa época. Luego, sin abandonar sus estudios de medicina, se consagró con preferencia al estudio de las ciencias naturales, sobre todo de la botánica en la cual adquirió conocimientos profundos. Fué entonces cuando el célebre Alejandro de Humboldt convidó a Bonpland para emprender un viaje de estudios a América. En seis meses, los dos sabios habían recogido en Venezuela más 1600 especies de plantas sin mentar otros trabajos en el orden animal. Después de sufrimientos increíbles en tierra y sobre los ríos y haber recogido ya millares de plantas nuevas, los dos amigos pasaron al Ecuador en donde la cosecha fué tan abundante como en Venezuela. Pero Humboldt confesaba francamente que las dos terceras partes de esa colección se debían a los trabajos y a la ciencia de Bonpland. A su vuelta a Francia, Bonpland fué nombrado, en la Malmaison, Intendente de los

Largo tiempo este sabio bienhechor iluminó aquella comarca con su ciencia y la embalsamó con sus beneficios. Bonpland después de venido al Río de la Plata, se había establecido en Santa Ana con la autorización del gobernador de Corrientes.

Allí pasó dos años entregado al cultivo de la yerba mate y al estudio de las plantas, sobre todo el curupay, para emprender con él y en grande escala, la industria del tanino. Pero, un día, 7 de diciembre 1821, el Dictador paraguayo, Francia, en nombre de los derechos indiscutibles de su patria sobre un territorio en que Bonpland se había establecido, mandó prender bárbaramente al sabio temerario y lo confinó en Santa María con la orden de no pasar más allá de un radio determinado de leguas. Bonpland eligió entonces el punto llamado *Cerrito* entre Santa María y Santa Rosa. Allí Bonpland querido por todos, a causa de los numerosos servicios que prestaba tanto a los enfermos como a los pobres, pudo entregarse con éxito, no sólo al estudio de toda la flora del país sino también a la agricultura a la cual aplicaba los métodos más perfeccionados de la ciencia. Es él quien ha escrito entre otros datos conservados en el Colegio San Salvador de Buenos Aires, respecto de las Misiones: « Resulta que el clima y la naturaleza de los terrenos hacen esta porción hermosa de América susceptible de una multitud de especies de plantas útiles que sería difícil o imposible reunir en otro país en igual superficie de terreno ». Pero lo que granjeó a Bonpland el cariño y la admiración de los paraguayos, fué la medicina. Durante ocho años, la víctima de Francia no dejó de prodigar a los súbditos de su tirano, no sólo los recursos de su arte sino también los tesoros de su corazón, con una bondad igual a su saber. En fin, el 12 de mayo de 1829, (1) el prisionero recibía la orden o el permiso (no se sabe) de salir del Paraguay. ¿ Por qué ? ¡ Misterio ! Según una historia del Dictador Francia, publicada en 1923, en Concordia, el Dictador atacado de dolores reumáticos, y conocedor de la ciencia médica de Bonpland, hubiera mandado consultar a su ilustre víctima. Entonces la receta de Bonpland hubiera surtido tan buenos resultados que Francia agradecido, daba la orden de poner en libertad a Bonpland, el cual hubiera pasado en seguida a San Borja. Pero el autor coloca estos acontecimientos entre 1821 y 1824 en lo que está completamente equi-

Jardines de la emperatriz Josefina y su labor fué allí tan apreciada que Bonpland conservó ese puesto hasta la muerte de Josefina. Entonces solamente se resuelve a abandonar a Francia y llega al Río de la Plata para proseguir sus investigaciones científicas. Bonpland murió en Santa Ana 1858.

(1) Demersay dice el 2 de Febrero de 1831.

vocado porque Bonpland abandonó a Santa María en 1829. Otros dicen que Francia prevenido de que iban a intervenir en favor de Bonpland en nombre de la ciencia y en nombre de la humanidad, varios gobiernos europeos y americanos, se hubiera apresurado en ordenar a su víctima saliera del Paraguay y ésto es lo más verosímil.

Santa María fué nuestra última estación en la tierra histórica de Misiones, tierra consagrada por las virtudes más excelsas del cristianismo así como otra parte del territorio paraguayo será más tarde consagrada en la guerra, por el heroísmo más sublime.

Tal es el país en que han brillado esas dos flores del cielo y de la tierra con más aroma y más vigor todavía que las plantas tropicales que encierra. Por eso nos complacemos en repetir para él, al terminar, las palabras del poeta:

*Quels que soient les destins que couve l'avenir
Terre, enveloppe-toi de ton grand souvenir!
Que t'importe où s'en vont l'empire et la victoire?
Il n'est point d'avenir égal à ta mémoire!*



